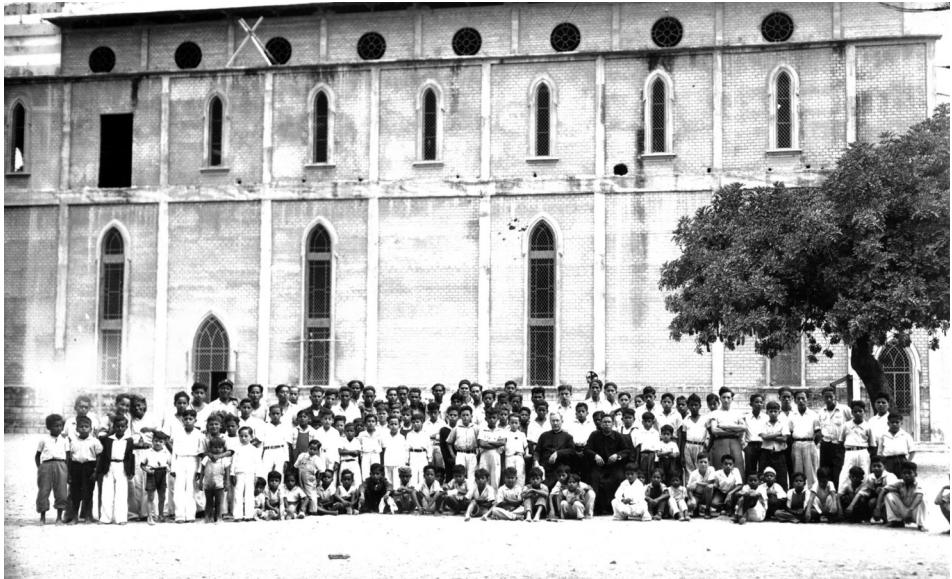


Un siglo de aporte salesiano al fortalecimiento de la identidad guayaquileña

*Jeannine Zambrano**



Fotografía 1

Estudiantes del Colegio Cristóbal Colón. Acompañan los Padres: Marcial Yañez (Director del Colegio, izquierda), y Gerardo Romero (Director del Oratorio Festivo, derecha). Guayaquil-Guayas, (cerca de 1938)

* Académica, investigadora, analista de comunicación, editorialista de opinión, crítica de cine; profesora universitaria de pregrado y posgrado; asesora de comunicación; conferencista internacional. Máster por la Universidad de Tennessee en Lenguas Modernas, con mención en Estudios de Cine y Estudios de Género. Estudios de posgrado en Dirección de Cine, Investigación y Semiótica.

1. Introducción

La identidad cultural es un concepto fascinante y polémico que implica distintos abordajes disciplinarios. Desde una perspectiva antropológica, la identidad cultural puede ser entendida como “el conjunto de repertorios culturales interiorizados (representaciones, valores, símbolos), a través de los cuales los actores sociales (individuales o colectivos) demarcan sus fronteras y se distinguen de los demás en una situación determinada, todo ello dentro de un espacio históricamente específico y socialmente estructurado” (Giménez en Reina, 2000: 54).

El concepto de identidad cultural nos lleva a explorar las relaciones intersubjetivas entre individuos de una comunidad; individuos que comparten rasgos culturales distintivos, es decir, que participan de similares paradigmas, hábitos y sentires con respecto a ciertas realidades (Giménez, 2005: 1). Además, la identidad cultural condensa el universo simbólico de dicha colectividad, es decir, “establece patrones singulares de interpretación de la realidad, códigos de vida y pensamiento que permean las diversas formas de manifestarse, valorar y sentir” (Vargas, 1999).

Creemos que estos patrones o códigos de interpretación de la realidad son un elemento clave cuando se trata de investigar y establecer las identidades culturales de un grupo. Estamos hablando de códigos muy precisos y definitorios a la hora de elegir –consciente o inconscientemente– qué tipo de vida llevar, cómo interactuar con los otros, en qué creer, qué sentimientos privilegiar, entre otros.

La diferenciación ante los otros y el sentido de pertenencia a un grupo es lo que alimenta las identidades de una cultura, “como expresión del grado de significación y sentido que los códigos imperantes, los valores, juicios, tareas compartidas y actividades por emprender alcanzan, realmente, para cada sujeto” (Vargas Alfaro, 1999). Se trata, entonces, de un proceso altamente subjetivo que permite a los individuos reconocerse a sí mismos y adscribirse a ciertos grupos, compartiendo –parcial o totalmente– un universo simbólico común y experimentando un sentimiento de lealtad hacia su grupo.

En las sociedades contemporáneas, la pertenencia o adscripción grupal se ha vuelto cada vez más compleja. La antropología y la sociología señalan que los sujetos de hoy se adscriben a una diversidad de grupos, en los ámbitos de clase, etnia, religioso, político, laboral, de género (Mercado y Hernández, 2010: 247). Así, es preciso hablar de identidades, en plural, y no en singular (Alsina, y otros, 1997: 1), en virtud de que los distintos roles sociales que desempeñamos y las diferentes identificaciones que activamos a lo largo de nuestra vida, nos llevan a desarrollar identidades múltiples que conviven simultáneamente en nuestra subjetividad.

Si construimos nuestra subjetividad personal y social desde múltiples identidades que dependen de nuestra interacción social, es claro entender que “la identidad no es estática sino dinámica, cambia con el tiempo, y en la medida en que los sujetos van formando parte de distintos grupos” (Mercado y Hernández, 2010: 248). Por tanto, es preferible hablar de cuasi-identidades –identidades discontinuas y no totalmente constituidas– antes que de identidad (Galicia, 2010).

Esta convivencia de las múltiples identidades personales y culturales no siempre es armoniosa, pues, muchas veces se desarrolla de forma fragmentaria y hasta conflictiva, pues no todas las identidades se complementan y responden a valores similares, sino que es perfectamente posible que algunas de ellas muestren características opuestas. Por ejemplo, una persona podría definirse como muy religiosa y, de acuerdo con su fe, creer en el amor y la solidaridad universales; pero, al mismo tiempo, esa persona podría pertenecer a un club social de elite, que no admite entre sus miembros a personas de condición social humilde o de razas y etnias marginadas. Estas dos identidades en conflicto no son vividas o “suscritas” simultáneamente: en ciertos espacios y relaciones prima una, y en otros contextos, otra.

Los procesos que conforman y determinan la identidad social de los sujetos y grupos toman como punto de partida, entre otros elementos, el entorno físico donde ellos se ubican.

Los espacios simbólicos urbanos señalan determinados elementos del espacio urbano percibidos como prototípicos, es decir, espacios que son considerados por el grupo o comunidad como representativos, siendo capaces de simbolizar las dimensiones más significativas de la identidad social urbana. Asimismo, estos espacios facilitan una relación social a nivel simbólico y permiten constituir los mecanismos de categorización y comparación que determinan la identidad social asociada a un entorno urbano (Rozas et al., 2009).

Estos espacios pueden ser un barrio o una zona de la ciudad, un lugar de recreación como un estadio o un coliseo, un colegio, una iglesia, etcétera.

En las sociedades contemporáneas, mediatizadas y globalizadas, las identidades culturales se muestran aún más fragmentadas, cambiantes y complejas que nunca, por la decisiva influencia de los medios de comunicación. El filósofo y sociólogo alemán Jürgen Habermas plantea que la creciente tendencia a la secularización, el marcado individualismo y el ambiente de incertidumbre propios de las sociedades modernas, son factores que complican aún más el difícil proceso de construcción de las identidades (Mercado y Hernández, 2010: 237). La crisis de fe y de creencias que experimentamos los sujetos de hoy y la multiplicidad de grupos a los que nos adscribimos, han provocado una evidente pérdida de fuerza de ciertas tradiciones y un resquebrajamiento de la vinculación con los grupos, lo cual implica una mayor fragmentación y disgregación de las identidades culturales.

Tomando en cuenta este complejo y matizado panorama del fenómeno de las identidades culturales como un acontecimiento heterogéneo, contingente, cambiante, no delimitado y hasta contradictorio, es preciso también entender que toda investigación sobre las identidades va a tener, inevitablemente, un alto componente experimental e interpretativo y no podrá, por ende, estar sustentada en datos o hipótesis comprobadas.

Las actuales investigaciones sobre las identidades culturales se encuentran marcadas por interesantes desafíos teóricos y metodológicos en proceso de dar cuenta del fenómeno no solo desde el discurso y la comunicación –lo cual, en sí mismo, es todo un reto–, sino desde las interacciones y prácticas sociales. De ahí que la combinación del análisis discursivo junto con la etnografía, se vislumbra como el mejor camino de investigación de estos procesos (Restrepo, 2007: 10).

Ahora bien, si aterrizamos estas reflexiones en el plano de las hipótesis e investigaciones sobre la identidad cultural guayaquileña, podemos constatar que en este caso los desafíos son mucho mayores. Es preciso señalar que el tema de la identidad cultural guayaquileña no ha sido hasta ahora suficientemente estudiado e investigado, ni a nivel local ni en el plano internacional. Los pocos estudios existentes señalan las contradicciones y vacíos en el discurso guayaquileño sobre su identidad.

Uno de los elementos intrínsecos a la conformación de la ciudad de Guayaquil ha sido la hibridación cultural, producto de la constante migración nacional, tanto de la Sierra como del Oriente ecuatoriano, que se ha ido sumando al inicial mestizaje colonial español y a la llegada de significativas migraciones extranjeras como la china y la libanesa, a mediados del siglo pasado.

Recientes ensayos sobre el tema de la identidad guayaquileña han señalado que la ciudad no tiene una clara conciencia de su historia y que su pasado –la reconstrucción del llamado Guayaquil antiguo– ha sido sublimado, al punto que los conflictos políticos y raciales que lo caracterizaron han sido eliminados de los imaginarios colectivos, especialmente del imaginario oficialista (Benavidez, 2007: 6). El discurso oficial, folclorista y eufemístico, idealiza los vacíos y contradicciones de la identidad colectiva en el afán de mantener unos significados hegemónicos establecidos.

La tensión, a veces soterrada, a veces explícita, entre la cultura de la elite y lo popular, los conflictos de raza y etnia: los problemas de marginación social y la falta de cohesión ciudadana y los complejos sociales, han estado y están ausentes del discurso sobre la identidad de los guayaquileños. La constante negación o subvaloración de los elementos que no corresponden al poder hegemónico (lo afro, lo

cholo, lo indígena, lo pobre, lo analfabeto, lo marginal en sus distintas expresiones) ha creado una identidad colectiva débil, contradictoria y tensionada.

La falta de una identidad relativamente consolidada es señalada por sociólogos, antropólogos y artistas. Esto se puede ver en los siguientes testimonios, publicados el año pasado en un periódico local. El sociólogo e historiador Willington Paredes dice: “Es una ciudad de moradores y habitantes, con una ciudadanía precaria” (*Expreso*, 2010/10/06). Lo atribuye a la cantidad de necesidades insatisfechas, sumado al desempleo, deterioro económico, carencia o baja calidad de la educación y poca preocupación gubernamental. Para el sociólogo Rubén Aroca: “Un sentido de comunidad no se ve en Guayaquil, no existe; aún no se logra encontrar la vía por la que se podría trabajar bajo una especie de educación en ciudadanía. Indica que hay una mínima integración de ciertos grupos, los que resultan una amenaza para otros más integrados que practican la vida urbana” (*Expreso*, 2010/10/06).

El hecho de que los estudios académicos sobre este tema sean relativamente incipientes genera aún mayor dificultad a la hora de analizar nuestra identidad cultural. Por eso, ante el propósito de realizar un análisis sobre la influencia de la presencia salesiana en la identidad cultural de Guayaquil, es necesario plantearse un diseño metodológico *exploratorio* que busque abordar el tema desde una perspectiva crítica y que cuente con las opiniones de ciudadanos y ciudadanas con alto poder de análisis y con conocimiento de los problemas y características de nuestra cultura.

Por eso, la investigación tomó en cuenta tanto a actores sociales pertenecientes a la Comunidad Salesiana, como a académicos y profesionales no vinculados directamente a ella. Hemos entrevistado a miembros de la comunidad salesiana en Guayaquil: alumnos/as, exalumnos/as, profesores/as, colaboradores/as de los proyectos sociales, de distintas promociones y edades, representativos de distintos quehaceres e intereses, desde empresarios, profesionales de diversas ramas, pasando por políticos, educadores y artistas. Por otra parte, fueron también consultados ensayistas, investigadores de la cultura, sociólogos, periodistas y psicólogos, para obtener una mirada analítica más objetiva y desde fuera de la comunidad salesiana.

Puesto que en el objeto de estudio se abordan aspectos netamente subjetivos —percepciones, sistema de valores, imaginarios—, la parte interpretativa del análisis de las entrevistas fue fundamental. El diseño metodológico, por tanto, se circunscribió a una perspectiva interpretativo-cualitativa.

Si las distintas posiciones teóricas afirman que las identidades se construyen a partir de la apropiación de determinados significados culturales que funcionan al mismo tiempo tanto como diferenciadores hacia afuera, como definidores de sen-

tido al interior de un grupo o una comunidad, era fundamental indagar en las asociaciones, valoraciones, emociones relacionadas a la obra salesiana en Guayaquil.

Cabe recalcar que el carácter exploratorio de esta investigación es esencialmente hipotético y supone el dejar planteadas futuras líneas de trabajo. En toda investigación de tipo exploratorio, la hipótesis es por naturaleza más flexible que en otro tipo de estudios, e incluso altamente especulativa, al punto que existen metodólogos que niegan la posibilidad de plantear una hipótesis en investigaciones exploratorias. Dado que no se han hecho estudios sobre la influencia salesiana en la cultura e identidad de la ciudad, nuestras hipótesis representan un trabajo pionero y aún muy incipiente, que se hace eco de la gran deuda académica que supone el estudio de las identidades culturales de Guayaquil.

2. La huella salesiana en la educación

La vasta obra de la comunidad salesiana en Guayaquil ha dejado sin duda una trascendente huella en la historia de nuestra ciudad, tanto a nivel educativo como social: “una comunidad que ha sido clave en la educación, formación, rescate en valores éticos y cristianos de varias generaciones, desde hace más de ciento veinte años” (*El Universo*, 2010/04/23).

La primera institución educativa fundada por los salesianos en Guayaquil data de 1905: el Instituto José Domingo de Santistevan para niños huérfanos, creado con el patrocinio de la Junta de Beneficencia de Guayaquil (hasta el 2001 estuvo a cargo de los salesianos y, actualmente, es administrado por la Junta de Beneficencia). Fundado en 1911, el Colegio Cristóbal Colón representa un bastión de la educación guayaquileña, no solo por su reconocido prestigio académico, sino porque ha formado a generaciones de guayaquileños, inculcándoles altos estándares de valores morales. De igual forma, los otros centros educativos salesianos son reconocidos por brindar una educación de calidad, cada uno en sus respectivas áreas y alcances. Es el caso del Colegio María Auxiliadora, exclusivo de mujeres.

Es preciso remarcar que la acción educativa salesiana, como en todos los países donde se ha asentado, no ha descuidado en ningún momento a las clases populares. Son palpables los logros y exitosa gestión del Colegio Técnico Domingo Comín, del fiscomisional de carreras cortas Domingo Savio, de la Escuela fiscomisional Margarita Bosco, el Instituto María Mazzarello, el Colegio de Niñas Padre Cayetano Tarruell (hoy propiedad de un grupo de cooperadoras salesianas).

En Guayaquil, la labor educativa salesiana está hondamente arraigada a tres tradicionales sectores de la ciudad. Por un lado, tenemos un fuerte y reconocible asentamiento salesiano en lo que en un comienzo fuera el límite sureste de la ciu-

dad y que ahora es prácticamente el centro-sureste: el barrio Cuba y el comienzo del barrio Centenario. El barrio Cuba, fundado a comienzos del siglo XX, es una zona comercial y populosa de unas pocas cuadras, donde se encuentra el camal y el famoso mercado de mariscos Caraguay. Guarda mucho la esencia del Guayaquil popular de mediados del siglo pasado: comerciantes dedicados a negocios de comida y gente de clase obrera. La presencia salesiana ha sido tan decisiva en el barrio Cuba, que en 1959, luego del triunfo de la Revolución castrista, el nombre de la principal calle, llamada “Cuba”, fue cambiado por el del sacerdote salesiano Domingo Comín, en reconocimiento por su extraordinaria labor. La patrona del barrio es la Virgen María Auxiliadora.



Fotografía 2

Estudiantes del Colegio Cristóbal Colón, acompañados por Monseñor Domingo Comín (centro). Guayaquil-Guayas, (cerca de 1938)

Tan solo una calle separa a este sector del que hasta la década de los ochenta fuera uno de los más exclusivos de la ciudad: el barrio Centenario, fundado en los años veinte y donde se concentraron las elites económicas y sociales de Guayaquil. Es altamente significativo, entonces, que justo al pie de un barrio de clase alta se hayan desarrollado varios centros salesianos, que representan una clara opción por los pobres y que permitieron algo que usualmente no ocurre en ciudades como la

nuestra: la integración de ciertas elites con las clases populares. Así, en los límites de este barrio y en el corazón del barrio Cuba funcionan: la parroquia Santuario María Auxiliadora, el Colegio Cristóbal Colón, el Colegio fiscomisional Domingo Comín, la escuela fiscomisional Margarita Bosco (que se complementa en jornada vespertina con la Academia María Auxiliadora, de corte y confección), y la Universidad Politécnica Salesiana, que abre sus puertas a mediados de los noventa.

Otros dos sectores muy tradicionales donde se ha asentado y fortalecido la labor educativa salesiana son: el suburbio oeste de la ciudad, zona marginal, altamente poblada, no tomada en cuenta por las políticas de “regeneración urbana” llevadas a cabo por el Municipio; y el barrio del Salado, que en sus inicios, a mediados de la década de los cuarenta, fue un lugar de prestigio, residencial por excelencia y en la década de los ochenta se consolidó como barrio de clase media, y que con el paso del tiempo se ha vuelto eminentemente comercial, ya que la población de clase media ha emigrado a otros sectores. En el suburbio oeste funcionan la parroquia y el Colegio Domingo Savio, además de un dispensario, un centro de ocupaciones y un Oratorio. En el barrio del Salado se encuentra el Colegio Padre Cayetano Tarruell para la promoción femenina, administrado por las cooperadoras salesianas.

Según la comunidad salesiana en Guayaquil, el número de alumnos que se educan en planteles regentados por esta congregación (hombres y mujeres) y en la Universidad Politécnica Salesiana en la ciudad es de casi 10.000. En cuanto al número de alumnas que se forman en planteles regentados por la comunidad Hijas de María Auxiliadora es de 1.734, sin incluir talleres y Oratorios (*El Universo*, 2010/04/23).

3. La obra social

De la mano de la labor educativa ha ido siempre la obra social, dirigida a los jóvenes de sectores populares. El reconocido proyecto de ayuda social Chicos de la Calle, desarrollado por la comunidad salesiana a nivel internacional y también en varias ciudades de Ecuador (Quito, Cuenca, Esmeraldas y Santo Domingo), ha tenido en Guayaquil una importancia capital. Guayaquil, como todas las principales urbes de América Latina, padece el severo problema de la presencia masiva de niños y jóvenes que viven en la calle. Empujados por la pobreza y el abuso de sus padres, de no ser rescatados de este abandono, estos menores estarían condenados a la marginalidad y la delincuencia. Con dieciocho años de existencia, el Proyecto Salesiano Chicos de la Calle ha desarrollado una encomiable labor de reinserción social a través de la capacitación técnica y artesanal, y de formación en valores morales y religiosos.

Varios centros, ubicados en zonas periféricas o suburbanas, son parte de este proyecto: los albergues Padre Antonio Amador y la Casa Don Bosco, ambos en el kilómetro diez y medio de la vía a Daule (zona industrial de la ciudad); el Oratorio Don Bosco, en la 25 y García Goyena (sector suburbano); el Patio Mi Pana, en la autopista Terminal Terrestre (también zona industrial); y el albergue Nuestros Hijos, en el kilómetro dos y medio de la vía Durán-Tambo (zona periférica). El proyecto aborda a los niños y jóvenes de la calle y busca la reinserción en sus hogares por medio de un proceso formativo educativo y de capacitación en oficios, basado en un enfoque por los derechos de la niñez. Ofrece formación escolar hasta décimo año de básica, además de talleres de carpintería, mecánica y computación. Asimismo, colabora con las familias de los chicos en la construcción y arreglos de sus viviendas.

“Son 995 chicos que residen entre el Patio Mi Pana, el albergue Nuestros Hijos y la Unidad Educativa Padre Antonio Amador, que forman parte del proceso de recuperación” (Diario *Expreso*, 2010/10/13).

La presencia salesiana en Guayaquil ha evolucionado y se ha fortalecido a medida que la ciudad ha ido cambiando y creciendo. Es, sin duda, una presencia íntimamente vinculada con la identidad guayaquileña y con espacios que la ciudad considera emblemáticos, y ha tenido fundamental incidencia en la urbanización, el progreso y el crecimiento de Guayaquil.

Para explicar este proceso de crecimiento interdependiente entre la actividad salesiana y la ciudad de Guayaquil, nos permitimos citar el detallado análisis que hace al respecto Rodolfo Barniol, exalumno del Cristóbal Colón de la promoción de 1976 (reconocido consultor empresarial, exdirector de Petroproducción, exministro de Gobierno), quien se ha mantenido profundamente vinculado al colegio y a la Comunidad Salesiana durante todos estos años, al punto que fue el encargado de dirigir en 2007 la remodelación del edificio de dicho establecimiento:

Los salesianos llegan a Guayaquil a comienzos del siglo pasado para desarrollar una actividad de atención parroquial destinada, tanto a la devoción de la Virgen María Auxiliadora como a la educación de los jóvenes que menos tenían. En 1905 fundan detrás del cerro Santa Ana el José Domingo Santistevan, para niños huérfanos. Luego se ubican en las afueras de la ciudad, al sur, en las riberas del río, para atender a los menos favorecidos. Allí, en 1911, monseñor Domingo Comín crea el Cristóbal Colón, al principio como una edificación de madera, que posteriormente, en el 51, se convierte en un edificio de hormigón. Luego, en 1928, se termina la construcción de la iglesia María Auxiliadora, un templo imponente sustentado por la actividad parroquial. Es en esa década de los años veinte que surge el barrio del Centenario como una alternativa residencial, en las afueras de la ciudad.

La semilla salesiana que se origina en la iglesia y el colegio irradia mucha actividad. El éxito del colegio es indudable. Los ingresos que se obtienen del colegio, una institución privada, permiten seguir con los planes. Los salesianos deciden ir entonces más adentro del suburbio, a zonas aún más marginales de una ciudad que seguía creciendo marcada por las diferencias sociales y económicas. Así, en el suburbio oeste primero se crea, en 1953, una parroquia, y luego, en 1958, nace el Domingo Savio, un colegio para atención técnica, íntegramente equipado. La actividad sigue creciendo. Siguen surgiendo comunidades, apoyadas también por las Hermanas Salesianas, que mantienen esa misma filosofía. Luego se instalan cerca de las riberas del Salado y ponen el San Juan Bosco. La modernidad avanza y el problema de los chicos de la calle se vuelve crucial. Los salesianos siempre han estado atrás de los chicos de la calle, los que duermen en los puentes, presas de adicciones, los que no tienen futuro. Crean el movimiento Chicos de la Calle en el kilómetro diez y medio y luego, en otra fase, en Durán.

El Cristóbal Colón se mantiene como el núcleo de la actividad salesiana, que interesa a los hijos de inmigrantes italianos, españoles, libaneses y chinos, así como a los guayaquileños ancestrales. Esas cuatro colonias extranjeras, representadas con banderas, hacían aportes significativos para educar positivamente a sus hijos. En el Cristóbal entonces no existían tabúes de clase, los alumnos nos mezclábamos con cuanta clase social fuera. Los inmigrantes que se sentían acogidos por la ciudad, querían formar parte de ella y ser productivos. Y qué más que de la mano de los salesianos, pues no había duda de que todo lo que hacían era por el beneficio de la comunidad. El crecimiento de la actividad salesiana educativa se une al crecimiento de las comunidades económicamente activas de la ciudad, de las cuales las colonias extranjeras eran parte importante. A los grupos económicamente activos pertenecían también las fortunas de tradición de la ciudad. Todos trabajaron mancomunadamente por un mejor futuro, para que sus hijos tuvieran una educación adecuada, asociada a la religión. Ese fue el Cristóbal Colón en el tiempo de la posguerra.

La ciudad sigue cambiando. Entramos a una época mucho más masificada, a una época marcada por la tecnología. La geografía de la ciudad cambia. El que era uno de los mejores barrios de Guayaquil deja de serlo. El sur de la ciudad crece significativamente. La zona se vuelve un sector altamente productivo, de gente trabajadora. El barrio Cuba ya no es el mismo de antes. El suburbio oeste ya no es el mismo que cuando empieza la obra salesiana: hay casas de hormigón, calles asfaltadas. El Puerto Nuevo ya no es el mismo de antes, que estaba fuera de la ciudad, sino que está incorporado a la ciudad. Sin embargo, los salesianos siguen creciendo y creando sus espacios educativos, tanto en la educación tecnológica como universitaria, en donde incursionan fuertemente en la última década. Se adaptan a las circunstancias, pero no abandonan el empuje. Eso es muy importante. Es trascendente (Rodolfo Barniol).

4. Reconocimiento de la gestión en educación

Los frutos de la educación salesiana, concentrados sin duda en el prestigio y logros alcanzados por el Colegio Cristóbal Colón, son ampliamente reconocidos por los habitantes, autoridades e instituciones de la ciudad:

Estadistas, sacerdotes, médicos, abogados, profesionales de múltiples ramas científicas y ante todo ecuatorianos comprometidos con el servicio a la sociedad por su clara visión cívica y solidaria, son parte de la inmensa legión de exalumnos cristobalinos que se forjó al amparo del principio de educar evangelizando y evangelizar educando para hacer buenos cristianos y honrados ciudadanos (*La Revista*, 2001/0/03).

Por los pasillos del colegio pasaron (...) seis expresidentes del Ecuador como Carlos Julio Arosemena Monroy, Otto Arosemena Gómez, Jaime Roldós, León Febres-Cordero, Abdalá Bucaram y Gustavo Noboa (*Diario El Universo*, 2011/0/12).

En sus aulas se han formado personalidades del país como el desaparecido presidente León Febres-Cordero; también glorias del tenis, como Andrés Gómez; famosos del bálompié nacional, como Carlos Luis Morales; comunicadores sociales y políticos, como Jimmy Jairala. La lista de alumnos destacados es extensa (*Diario Expreso*, 2011/0/12).

De todos esos hombres, cuyas fotografías están enmarcadas en una de las paredes donde exponen a los bachilleres de cada año, seis exestudiantes cristobalinos llegaron a ser presidentes de la República, tres vicepresidentes y muchos fueron y son conocidos funcionarios en distintas áreas. Con el paso del tiempo es un plantel del que se enorgullecen docentes, alumnos, exestudiantes y cada uno de sus integrantes (*Diario Extra*, 2011/04/09).

El énfasis en la excelencia científica, artística y deportiva es otro de los logros reconocidos por la comunidad:

Muestras de su constante superación y del liderazgo motivador que caracteriza a los salesianos en el quehacer educativo local y nacional, son las ferias de ciencias que presenta a la comunidad, la tradicional quermés cristobalina, punto de encuentro de alumnos, exalumnos y estudiantes de otros planteles y familias porteñas en general, y la participación brillante en certámenes pedagógicos y deportivos, convocados en Guayaquil y otros sectores del país (*La Revista*, 2011/04/03).

Otros centros educativos salesianos, como el José Domingo de Santistevan, también son reconocidos por la opinión pública:

Son varias generaciones las que se han educado en el Instituto José Domingo de Santistevan. Algunos de sus exalumnos han tenido un sobresaliente desempeño en nuestra sociedad y han contribuido con el país, tal como ocurrió con el doctor Eduardo Peña Triviño, quien ocuparía el Ministerio de Educación y luego la Vicepresidencia de la República (Junta de Beneficiencia de Guayaquil, 2010/12/09).



Fotografía 3

Alumnos del Colegio Cristóbal Colón junto a la maqueta para la nueva construcción de este plantel educativo. Acompañan los padres: Cayetano Tarruel (promotor de la obra, izquierda) y Felipe Palomino (derecha). Guayaquil-Guayas, año 1954

5. Reconocimiento de la obra social

Es impensable que la vasta obra de trabajo social de los salesianos no sea reconocida por la ciudad y el país. Así lo testimonian los medios, los analistas y los miembros de la comunidad salesiana:

Reclutar a los niños de la calle, reinsertarlos en la escuela, lograr que vivan sus derechos al amor y protección, son los pilares de los tres hogares panitas de la urbe, que al momento acogen a cerca de doscientos niños (Diario *El Telégrafo*, 2011/12/09).

En sectores populares, en el sur de la ciudad donde los salesianos han desplegado una intensa labor, hay un gran reconocimiento de la obra social (Lolita Loor, cooperadora salesiana, administradora del Colegio Cayetano Tarruell).

Pienso que sí existe un reconocimiento social de los guayaquileños y los ecuatorianos hacia la obra de los salesianos, especialmente en torno a la educación de calidad que imparten, su preocupación por los niños de la calle y otros sectores vulnerables, así

como su acción misionera en recónditos lugares del país (Ángel Emilio Hidalgo, historiador y poeta guayaquileño).

La obra social de ayuda a los más necesitados, la presencia en barrios depauperados, es notoria. Los niños y jóvenes apoyados por los salesianos, luego tienen acceso a la universidad. Dado que ha sido una obra que centró sus iniciativas en los más pobres, es natural que la ciudad —que no puede atender a sus grandes mayorías— sea sensible a esa aportación (Cecilia Ansaldo, catedrática, crítica literaria).

Guayaquil como tal es muy extensa, pero gran parte de las zonas suburbanas de la urbe son atendidas por sacerdotes y voluntarios salesianos, tales como la zona del barrio Cuba y Camal, Bastión y demás sectores populares en los cuales la presencia salesiana se encuentra con gran fuerza llevando adelante el proyecto Chicos de la Calle (David Cabrales, joven exalumno del Cristóbal Colón, actual relacionador público de esta institución).

También es motivo de reconocimiento el trabajo de servicio comunitario desplegado por los centros educativos salesianos como apoyo a los albergues y demás obra social:

La labor comunitaria de estudiantes y profesores cristobalinos es relevante, pues son protagonistas permanentes de actividades de servicio comunitario, cívico y cultural, sin dejar a un lado el mensaje de comprensión y amistad legado por San Juan Bosco y la protección de María Auxiliadora (*La Revista*, 2011/04/03).

Sin embargo, dada la mística salesiana de no hacer alarde de su trabajo comunitario, la profundidad y alcance de su gestión no es necesariamente conocida por todos, ni en toda su magnitud. Los medios dan cuenta de este valioso trabajo, pero han dado más espacio a la obra educativa, especialmente la del Cristóbal Colón, por su vinculación con personalidades significativas de la ciudad y el país.

Hacen una obra silenciosa, por eso, es posible que no haya mayormente conocimiento sino de lo más visible. Actualmente su desarrollo educativo ha crecido y tienen la instancia académica en universidades y colegios como acciones más visibles, pero si usted visita la obra social, por ejemplo, del centro artesanal Juan Bosco, igual aprecia responsabilidad social en sus fines y resultados; no son “centros de caridad” sino de desarrollo humano (Olga Aguilar, catedrática, exdirectora provincial de Educación).

En algunos sectores populares las huellas de los salesianos se dejan sentir desde hace décadas. En estos sectores están las experiencias del trabajo comunitario, la ayuda material y social, el apoyo moral y religioso a las familias con dificultades emocionales, etc. Lo importante es hacer notar que los salesianos no acostumbran publicitar sus acciones y sus logros, más bien trabajan en bajo perfil, a partir de vínculos directos con las comunidades, y esa forma de comunicarse es más eficiente y duradera que

la mediática (Carlos Tutivén, psicólogo, investigador, director del Departamento de Investigaciones de la Universidad Casa Grande).

6. Códigos de vida

En el caso de la influencia salesiana en sus educandos y en su comunidad, muchos testimonios expresan que es y ha sido una huella que marcó sus vidas:

La educación del Colegio María Auxiliadora me permitió convertirme en una mujer libre y dueña de mis decisiones (Sonia Navas, exalumna del Colegio María Auxiliadora, psicóloga, actual orientadora del colegio).

Me ayudó a conocer el mundo de una manera diferente, tratando la realidad en que vivimos. Además, me ayudó a ver la religión desde una perspectiva juvenil. Para mí es más que un colegio, es nuestra familia (Estefanía Serrano, alumna del Colegio María Auxiliadora).

La formación salesiana llega a los corazones de sus educandos y perdura en casi todos por el resto de la vida. El sistema preventivo Don Bosco –razón, amor, religión– se te mete en la piel, en la cabeza, en el cerebro, y se vuelve una actitud de vida. Frente a un problema siempre buscas primero la razón, llenarte de razones. Esas razones las escrutas en tu fe y las aplicas siempre con amabilidad. Se vuelve un estilo de vida (Rodolfo Barniol).

El salesiano deja una impronta en su hogar, en sus hijos, en su familia, es una forma de ver y vivir la vida (Gustavo Noboa, exalumno del Cristóbal Colón, expresidente de la República).

La formación ética, en valores humanos de amor y solidaridad, es uno de los emblemas característicos de la educación salesiana, identificada por muchos guayaquileños como una de sus mayores fortalezas. Así lo testimonian tanto los que forman parte de la comunidad salesiana, como los analistas e intelectuales consultados.

Hay una variedad muy extensa de valores y competencias que la educación salesiana imparte a sus educandos, de las cuales puedo rescatar en mi vida la solidaridad, el compañerismo, el don de compartir y dar consejo (David Cabrales).

Aunque no estoy adscrito a la fe católica, puedo darme cuenta de que soy un “salesiano practicante” en el sentido de estar vinculado a los valores de la solidaridad con los menos favorecidos y especialmente con la vocación educativa, de enseñanza, que tienen los salesianos (Carlos Tutivén, exalumno del Cristóbal Colón, psicólogo, director del Departamento de Investigaciones de la Universidad Casa Grande).

Los salesianos se identifican por su sentido de solidaridad expresado en respeto y comedimiento. Creo que es fácil percibir la coherencia en sus huellas; su pensamiento,

sentimientos y acciones las hemos podido valorar en sus diferentes niveles ciudadanos: como líderes, como profesionales, como amigos, vecinos, etc. Es una identidad muy significativa, pues no siempre se logra que la fe se exprese de manera observable; un salesiano es un comprometido con su fe, más allá de la oración (Olga Aguilar).

7. Sentido de pertenencia

En cuanto al conocimiento y valoración de la gestión salesiana en la ciudad, se puede sin duda hablar de dos grupos: aquellos que han estado o están vinculados a esta gestión –en los diversos grados de cercanía social, profesional y afectiva que esto conlleva– y aquellos que no tienen ningún tipo de vinculación.

Quienes se han formado en un plantel salesiano, quienes han sido o son parte de su comunidad, guardan, en su mayoría, un alto grado de valoración y pertenencia a la filosofía y obra salesianas. Los alumnos y exalumnos de sus planteles manifiestan un sentido de lealtad y aprecio que se ha mantenido vigente a lo largo del tiempo, inclusive en quienes no son católicos o se declaran católicos no practicantes, algo que –es preciso señalar– no siempre las instituciones logran sembrar:

El colegio ha representado un importante lugar de reunión para los diferentes grupos sociales que representan a Guayaquil, y eso lo diferencia de los demás. Este es un lugar muy alegre donde se deja sentir el espíritu salesiano y hoy (celebración por los cien años del Cristóbal Colón) ha sido la prueba de que puede haber pasado mucho tiempo, pero nos seguimos queriendo entre compañeros (Óscar Zuloaga, exalumno del Cristóbal Colón, periodista, presidente de la Comisión de Exalumnos del Centenario) (*El Telégrafo*, 2011/05/30).

Me he topado con gente que me pregunta: “y usted, ¿dónde estudió?”. “Yo estudié en el Cristóbal Colón”. Y ellos me comentan: “ah, es salesiano, es que se nota”. Y eso te da una gran familiaridad. Los cristobalinos, los salesianos, son personas con las que es más fácil interactuar. Claro que hay de todo, uno encuentra de todas maneras gente a la que no le “entró”, pero, aun así, esta gente se ubica, se reconoce. (Rodolfo Barniol).

Son treinta años de trabajo con los salesianos. Desde que mi mamá me trajo al Cristóbal Colón, siempre sentí ese ambiente de familiaridad que dan nuestros maestros, muy característico en los salesianos; por eso el colegio es nuestra segunda casa (Juvenal Sáenz, exalumno, profesor del Cristóbal Colón hace 15 años, en *El Universo*, 2010/04/23).

Tengo treinta años trabajando con los salesianos y sinceramente me atrajo el carisma, la forma como ellos tratan al personal, como comparten con los jóvenes, en la educación. Me considero una salesiana adoptada (Coral Freire, directora de la Escuela Margarita Bosco, en *El Universo*, 2010/04/23).

Este sentido de pertenencia es –como ya mencionamos en la introducción– uno de los pilares fundamentales de las identidades culturales urbanas. Por tanto, podemos asentar como otra hipótesis central de este trabajo, que los alumnos y exalumnos salesianos comparten un fuerte sentido de pertenencia a la comunidad salesiana, y que este nexo grupal forma parte de sus múltiples identidades individuales y culturales:

Yo no sé qué tanto nos influenció y qué tanto no, pero lo que sí sé es que cuando hay algún acto del Cristóbal Colón, tienes una explosión, muchos acuden, de diferentes edades y condiciones, como fue con la venida de los restos de San Juan Bosco el año pasado, y eso no ocurriría si la gente no tuviera un espacio en el corazón para esto (Rodolfo Barniol).

Si vemos a los muchachos de hoy día frente a los muchachos de ayer, a pesar de las diferencias, si se reúnen y están juntos, se evidencia un lenguaje común. Y ese lenguaje es el de los valores cristianos (Gustavo Noboa).

Los alumnos y exalumnos salesianos mantienen el apego a sus instituciones y la devoción religiosa, se sienten vinculados. Eso lo podemos comprobar cuando se realizan festividades conmemorativas, encuentros de exalumnos o procesiones. Todos los 24 de mayo la procesión por la Virgen María Auxiliadora, que sale del Cristóbal y recorre el sur de Guayaquil, es muy numerosa; acuden todos los sectores y ahí se ve la unión de la comunidad. Los exalumnos de todos los colegios salesianos tienen sus grupos y los mantienen vivos todo el tiempo. Se sienten orgullosos de haber pertenecido a sus instituciones (Lolita Loor).

Es más, en el caso de los salesianos es preciso ampliar el concepto de comunidad y entender que “la familia salesiana no solo está constituida por los sacerdotes y hermanas religiosas, o por los exalumnos de sus instituciones; está integrada por grupos de voluntarios y cooperadoras salesianas, entregados a la ayuda social” (Lolita Loor). Así, ampliando el concepto de comunidad a todos los involucrados en la obra social salesiana, el sentido de pertenencia se amplía también.

Ahora bien, si la globalización y la hipermediatización de los tiempos actuales está dando como resultados identidades personales y grupales más inconstantes, cambiantes y fragmentadas, un desafío fundamental para la preservación de las identidades salesianas será mantener en los jóvenes de hoy ese alto sentido de pertenencia que tradicionalmente ha caracterizado a esta comunidad.

8. Valores a contracorriente

Anteriormente se explicó que las múltiples identidades individuales y grupales pueden ser muy disímiles y hasta contradictorias entre sí. Se enfatizó también que

en el caso de Guayaquil, muchas hipótesis señalan que existe una marcada tensión entre las identidades de las elites y las identidades populares, y que la ciudad no tiene una clara conciencia de su pasado, lo cual dificulta la construcción de una identidad sólida y más homogénea.

En este contexto, la identidad salesiana, en aquellos que sienten el vínculo de pertenencia, funciona a contracorriente de estas tendencias y crea una conexión que parece mantenerse a pesar de las diferencias de clase y de generación:

El estilo de vida salesiano no hace diferencias de clase. Cuando esos valores han caído, lo ves desde los hijos de los altísimos ejecutivos de las empresas más grandes y emblemáticas de Guayaquil, hasta la persona más humilde (Rodolfo Barniol).

Los valores adscritos a la identidad salesiana no se corresponden plenamente con otros valores socializados a través de los medios, en el espacio público, en los discursos políticos, en la calle. La solidaridad y la amabilidad con el *otro* no son formas de convivencia o prácticas ciudadanas promovidas en otros espacios. Es más, los códigos, valores y sentimientos que otras identidades y otras prácticas promueven son justamente opuestas:



Fotografía 4

Bachilleres del Colegio Salesiano Cristóbal Colón que posteriormente ocuparon importantes cargos en la vida social y pública del país. Entre ellos Gustavo Noboa Bejarano y Heinz Moeller. Guayaquil-Guayas, (cerca de 1955)

La dispersión de los asentos suburbanos, la inestabilidad laboral, la inexistencia de un eficiente sistema de transporte de pasajeros, la falta de información oportuna y la incomunicación con el gobierno de la ciudad y sectores representativos, generan sentimientos de abandono, aislamiento y desamparo que empujan al individuo a asumirse solo y desentenderse de los demás. Las consecuencias son el desinterés, el desorden, la violencia y la desintegración social (Massuco, 2005).

La práctica salesiana fundamentada en el amor por el *otro* y la alegría de dar y compartir resulta entonces antiética a muchos de los códigos del Guayaquil del presente: una ciudad –como muchas de las urbes latinoamericanas de hoy– cada vez más fragmentada y violenta, donde en gran medida no se practican las virtudes éticas de convivencia. Así, hay un marcado antagonismo entre el espíritu de la filosofía salesiana y esta vivencia de una ciudad puerto tan convulsionada, inequitativa y clasista. En este sentido, la labor a contracorriente que llevan a cabo los salesianos representa un decisivo contrapeso social, y allí donde logra sembrar una semilla y crear un vínculo, cambia positivamente la acción de las personas, genera conciencia y, sobre todo, *ciudadanía*:



Fotografía 5

Grupo scout del colegio Santistevan, (cerca de 1960)

Nos enseña a ver la realidad y a comprometernos con ella; a ser menos egoístas y más humanos, mejores personas, mejores profesionales, mejores padres y madres (Rodolfo Barniol).

Los salesianos han formado a sus jóvenes en el espíritu de lo que hoy llamamos una ciudadanía responsable. Su obra social que involucra a los cooperadores salesianos se refleja en los diferentes centros de atención a la comunidad que tienen en funcionamiento (Raúl Vallejo, exalumno del Cristóbal Colón, exministro de Educación).

Tomando en cuenta la creciente violencia y fragmentación social de nuestra ciudad, sería interesante estudiar qué diferencias existen, en cuanto al grado de adscripción y práctica de los valores salesianos, entre las generaciones educadas hace veinte o cuarenta años y las generaciones del presente.

9. Espacios simbólicos

Los colegios, oratorios, iglesias y albergues salesianos, son espacios emblemáticos de Guayaquil que convocan un sentir muy profundo: “El Cristóbal Colón es parte de la leyenda urbana de Guayaquil. Es un ícono de la educación en nuestra ciudad apreciado por muchos guayaquileños”.¹

Las iglesias María Auxiliadora y San Juan Bosco son dos íconos de la vida religiosa y social guayaquileña, sobre todo en las generaciones que se formaron con los salesianos entre las décadas de los años cincuenta a los ochenta. La María Auxiliadora es un símbolo de pertenencia a una comunidad de fe, a un conjunto de relaciones sociales creadas a partir del compañerismo, y la formación cristiana y académica vinculada a la educación secundaria. Que muchos “cristobalinos”, por ejemplo, busquen casarse en la iglesia María Auxiliadora es un signo de la memoria histórica, de los rituales del reconocimiento social, de la continuidad de la tradición. La iglesia está contigua al colegio, y esa proximidad arquitectónica conlleva una proximidad emocional, afectiva, que evoca recuerdos de infancia y de adolescencia muy fuertes y arraigados (Carlos Tutivén).

En el ámbito social son muy cotizadas para matrimonios, bautizos y diversas celebraciones religiosas por lo popular que es la advocación y por la belleza de los acabados internos de los templos, culturalmente y emotivamente hablando se relacionan con los sueños que tuvo San Juan Bosco en la infancia (David Cabrales).

Las teorías contemporáneas sobre las identidades culturales enfatizan la importancia de los espacios prototípicos de una comunidad o grupo como las instancias más significativas de las identidades culturales. El posicionamiento positivo,

1 María Josefa Coronel y Jorge Rodríguez, noticiero “En la Comunidad”, Teleamazonas, edición del 30 de mayo de 2011.

altamente emotivo, que dentro de la comunidad salesiana tienen sus espacios, es sintomático de la fuerza de su identidad y de su sentido de pertenencia.

10. Los desafíos del presente

Si bien los salesianos siguen haciendo obra social trascendente, que ataca medularmente los mayores problemas sociales y educativos de las sociedades actuales, su obra quizá no sea en el presente tan impactante o tan visible como ha sido durante el siglo pasado. La ciudad ha crecido y cambiado radicalmente. Para dar cuenta de estas grandes transformaciones hay que señalar, en primer lugar, el acelerado aumento poblacional experimentado en los últimos años. Solo en la última década Guayaquil ha duplicado su población, pues según el censo de 1990 ascendía a 1'570.396 habitantes,² pero en la actualidad contamos con una población flotante de más 3'300.000 habitantes.

Naturalmente, esto conlleva una serie de problemas sociales y culturales que en cierta medida se ven reflejados en la crónica roja de los diarios; además provoca nuevas interacciones interpersonales, nuevas dinámicas sociales, nuevos códigos urbanos, nuevas identidades. La globalización, los adelantos tecnológicos, las nuevas formas culturales propias de nuestro presente, marcan más que nunca una brecha generacional entre los habitantes del siglo pasado y los ciudadanos del siglo XXI. Por eso es factible pensar que la obra salesiana está adquiriendo un nuevo lugar simbólico, un nuevo posicionamiento dentro de las identidades culturales de la ciudad:

Es un tema demográfico. Alrededor de los ochenta, el centro de interés de la ciudad se mueve del barrio Centenario, que antes era el más importante, a otros barrios como Urdesa, Los Ceibos y ahora tenemos un intenso desarrollo en Samborombón. En estos barrios es donde se ubican los que la sociedad reconoce como los mejores colegios (Álex Camacho, economista, exgerente de diario *El Telégrafo*).

Hasta los setenta el Cristóbal brilló en lo deportivo. Fue 15 años seguidos campeón de atletismo. Creo que fue su época de oro. Hasta los ochenta, el Cristóbal Colón era "el Cristóbal". La oferta académica quedó opacada por otros colegios. No había inglés intensivo ni otros idiomas. Aparecen nuevos colegios (Octavio Villacreses, exalumno del Cristóbal Colón, actual concejal de Guayaquil).

Hoy en día no es tan fácil sopesar la huella salesiana cuando uno lo mira desde fuera. Mientras la ciudad ha crecido, la Comunidad Salesiana se ha mantenido reducida en número. Podría decir entonces que mientras los adultos mayores, aun los no involu-

2 "La ciudad de Guayaquil", datos INEC, 1990, en <<http://cesarpc.8m.com/poblacion.htm>>.

crados con la obra, reconocen claramente la labor salesiana, la juventud de hoy que no forma parte de la comunidad no la conoce. Por ejemplo, en el caso de los colegios, por la cantidad de colegios que tenemos hoy, los colegios salesianos quedan un poco desplazados. Antes se creía que el colegio confesional era lo más indicado. Ahora se buscan otras cosas. Los colegios salesianos no han tenido enseñanza completamente bilingüe y eso los ha afectado en relación a su imagen ante la sociedad (Lolita Loor).

Los cambios demográficos y en la vida cultural, en las relaciones sociales, en las aspiraciones personales que marcan la brecha generacional, se convierten en un gran diferenciador del posicionamiento de la obra salesiana en el Guayaquil contemporáneo:

No estoy muy seguro si la obra salesiana es reconocida por todos los guayaquileños. Guayaquil es una ciudad enorme y compleja, y su formación social muy variada. En todo caso, los guayaquileños de clase media que se educaron hasta las décadas de los ochenta pueden recordar o reconocer con cierta facilidad esa obra. Y la reconocen, en primer lugar, por la imagen de Juan Bosco, por el estilo de la obra, por el talante de los sacerdotes salesianos y por el tipo de obra (Carlos Tutivén).

Durante mi época, las ciudadelas cerradas no existían. Nunca llegué en taxi al colegio, llegaba en bus. La llegada de las ciudadelas cerradas ha hecho que todo cambie. El Cristóbal sigue siendo abierto, tiene la metrovía de un lado y del otro, sigue creciendo, hay muchos alumnos. Pero ahora el colegio ha cambiado a nivel del tipo de alumnos que asisten, ya no se puede decir que hay chicos ricos, pero igual genera recursos y lo poquito que se gana se reinvierte en otras obras. El Cristóbal se defiende a nivel de concursos intercolegiales, se defienden sus educandos, que son bien vistos en las universidades, como alumnos que tienen una formación adecuada, y que siguen siendo identificados –en su mayoría, claro está, porque de todo da la viña del Señor– como personas que profesan cierto nivel de respeto por la vida, cierto nivel de respeto por las mujeres, si son hombres; respeto y solidaridad con los otros. Unos lo llevan en la epidermis, otros lo llevan marcado en el corazón, porque también eso es algo que se aprende en el tiempo. Hoy no está hablando el muchacho de diecisiete, sino el adulto de cincuenta y tres, y viendo hacia atrás sí puedo decir que eso me marcó, y sí, veo que la realidad de los jóvenes de ahora conlleva otros fenómenos sociales que yo no sé qué tanto impacten. Tienen menos sacerdotes que estén atentos a ellos, porque ya no hay sacerdotes que den clases, hay mayor impacto tecnológico, mayor información. Con un clic un muchacho puede acceder a cualquier cosa. Todos estos cambios que afectan a la sociedad de seguro van a tener consecuencias. No puedo decir cuáles van a ser (Rodolfo Barniol).

La iglesia María Auxiliadora también ha sufrido un cambio de posicionamiento social:

El que se casaba en la iglesia María Auxiliadora era lo máximo socialmente hablando. Pero con el cambio de modas, con la aparición de nuevos barrios, ya no es el escenario favorito de las novias. Antes, toda novia tenía la ilusión de casarse en la María

Auxiliadora. Las bodas de las familias importantes se realizaban ahí. Todo se daba alrededor del barrio del Centenario, mucha gente iba a la iglesia simplemente a ver las bodas. La gente se amontonaba afuera (Olga Aguilar).

La ciudad de Guayaquil creció con la influencia salesiana. La iglesia María Auxiliadora ha sido importante: era el lugar para casarse. Hay gente que hoy ya no la usa, porque ya no es la iglesia de moda, pero lo fue durante mucho tiempo (Rodolfo Barniol).



Fotografía 5

Banda de guerra de los alumnos del Colegio Cristóbal Colón.
Guayaquil-Guayas, (cerca de 1958)

11. Perseverancia en el tiempo

Si la obra salesiana en Guayaquil ha podido sobrevivir a incendios, pestes de fiebre amarilla, escasez de recursos y conflictos sociales, los cambios del presente se asumen como parte de la dinámica histórica propia de todos los pueblos y de todos los proyectos que perduran en el tiempo. El inquebrantable espíritu de lucha, la profunda vocación humanística y la indudable capacidad de adaptación a los cambios que caracteriza a los líderes salesianos, distintivos ampliamente probados a lo largo de su historia, no solo en Guayaquil o el Ecuador, sino en el mundo, nos permiten asumir que este nuevo siglo de presencia salesiana en Guayaquil testimo-

niará más logros y un mayor compromiso con los sectores empobrecidos y con los jóvenes en proceso de formación.

Este compromiso de mantenerse fiel a los barrios populares, se demuestra en la reciente decisión de los directivos del Colegio Cristóbal Colón de no trasladar el colegio al acomodado barrio de la Puntilla, donde la institución poseía terrenos –que fueron vendidos luego de que tanto directivos como estudiantes y padres de familia decidieran permanecer en su tradicional barrio–. El colegio, además, ha sido remodelado tanto física como tecnológicamente. Por otra parte, se acaba de cristalizar uno de los mayores cambios en su historia: la educación mixta. Así, en este año académico (2011) el colegio recibió a las primeras dieciséis niñas que, en los próximos trece años, integrarán la primera promoción mixta. De esta forma, el Cristóbal Colón conmemoró su centenario de vida institucional incluyendo por primera vez a niñas. Además, también durante este año, el colegio implantó la línea de la coeducación, en la que se unifican las materias de las distintas especializaciones en el bachillerato único.

Estamos hablando, entonces, de cambios importantes, acordes con los tiempos actuales que van acompañados de un visible crecimiento, de una labor que no cesa:

Con muy poquito tienen que manejar muchas obras. Pero siguen pensando en la remodelación y siguen creciendo en la universidad y siguen creciendo en las adaptaciones de los colegios que fueron hechos de este Cristóbal Colón: la Escuela Don Bosco, el Domingo Comín (Rodolfo Barniol).

Hoy en día los salesianos no solo tienen los colegios, sino también la universidad, que hace un gran bien a la juventud y que está muy equipada, es un proyecto importante que recién empieza a crecer (Gustavo Noboa).

Los salesianos son parte fundamental de la historia, de la cultura de Guayaquil. Son grandes emprendedores que han sabido levantar fondos, organizar quermeses, involucrar activamente a la comunidad en sus proyectos educativos y de ayuda social, fundamentar la razón y la fe en el amor al otro, crear espacios de amabilidad y sano entretenimiento, organizar y conformar grupos musicales, artísticos, deportivos, científicos. Su gestión ha sido inmensa y ha incidido positivamente en el campo de los elementos intangibles de nuestra cultura:

El liderazgo de algunos salesianos o exsalesianos destaca por su formación, sus valores, sus formas de comunicarse y a veces de actuar. Sin duda, algunos aspectos de la “identidad cultural guayaquileña” de ciertos sectores sociales, de los últimos 40 años, están influidos por esa obra (Carlos Tutivén).

Y han sabido convocar emotivamente a la comunidad y despertar la empatía y el aprecio:

Lo que sí puedo asegurar es la calidez, emotividad y expresiones de extrema fe reflejados en la visita de la Urna con las reliquias de San Juan Bosco a Guayaquil, efectuada en el mes de abril del año 2010, en la cual fue evidente el aprecio, estima y apego que tiene la sociedad para con la familia salesiana (David Cabrales).

En el comienzo de la segunda década de la presencia salesiana en Guayaquil, y analizando retrospectivamente los logros de esta labor, podemos decir sin ambages que la obra salesiana, de notable reconocimiento religioso, social y cultural dentro de la ciudad, ha permitido edificar valores de profundo humanismo en los sectores a donde ha llegado y ha contribuido a la construcción, en esos sectores ciudadanos, de una identidad colectiva propia: una identidad salesiana cuya semilla sigue dando frutos en el seno de nuestra urbe.